

EL MIRADOR **DE LAS SIRENAS**

1- La sombra bajo el agua

¡Splash! Martin Noppen cayó al agua, haciendo mucho ruido y salpicando a todos los que estaban en la lancha motora. Sacó la cabeza y saludó a sus padres, que se estaban poniendo los trajes de buceador.

-Sube aquí, Martin -dijo su padre-. ¿No quieres probarte uno de éstos?

La señora Noppen pareció alarmada.

-¡Jonas! ¿Qué dices? -protestó, mirando a su marido-. Es muy pequeño todavía.

-¡Yo no soy pequeño! -replicó Martin, subiendo de nuevo a la balsa, ayudado por uno de los chicos del equipo-. Yo quiero aprender a bucear bajo el mar, como vosotros.

-Claro que sí, campeón -dijo el señor Noppen, y eligió una pequeña botella de oxígeno para sujetársela a la espalda-. Hoy no vamos a bajar muy hondo. ¿Verdad que no, mamá?

La señora Noppen suspiró. Martin y su padre siempre se salían con la suya.

Los Noppen habían llegado a España un par de semanas atrás; aunque aquello parecían unas bonitas vacaciones, en realidad los padres de Martin trabajaban todos los días, desde que salía el sol hasta el anochecer. Estudiaban la fauna marina, y pasaban el día buceando entre peces y corales, haciendo fotos, filmando todo lo que veían y recopilando datos y materiales para su trabajo sobre el ecosistema del mar Mediterráneo.

Martin iba a menudo con ellos, aunque no siempre. La señora Noppen temía que el sol le quemase la piel, porque Martin era muy rubio y de piel muy clara, así que su madre opinaba que no debía pasarse todo el día en la lancha. Cuando iba, de todas formas, la señora Noppen lo embadurnaba con crema protectora y le obligaba a llevar en la cabeza un gorro que, en opinión de Martin, era ridículo.

Pero en el fondo sabía que su madre tenía razón y que, cuando no tomaba precauciones, se ponía colorado como un cangrejo cocido.

Pronto, Martin estuvo totalmente equipado para bajar con sus padres al fondo del mar. Estaba muy nervioso, porque nunca antes le habían dejado bucear con botella.

La señora Noppen parecía estar tan nerviosa como él.

-No te preocupes, lo tendremos vigilado -la tranquilizó su marido.

¡Splash! Uno tras otro, los miembros del equipo de los Noppen cayeron elegantemente al agua. Uno tras otro, se sumergieron entre burbujas.

El señor Noppen llevaba a Martin de la mano. Al niño le costaba trabajo acostumbrarse a la incómoda botella de oxígeno, pero pronto se olvidó de ella para mirar el maravilloso mundo azul que le rodeaba.

Al principio sólo había arena y algún que otro pez, pero enseguida vio una sombra un poco más allá: un arrecife de roca. Los submarinistas se dirigían hacia allí, y el corazón de Martin latió un poco más deprisa.

Apenas unos minutos después ya estaban explorando los recovecos de las rocas, oscuros y misteriosos. Entre los corales y las algas asomaban peces pequeños y grandes, de todos los colores. Todo estaba en silencio, y nada parecía turbar la paz de aquel mundo acuático.

Pero entonces, Martin notó de pronto que algo fallaba, y que le costaba respirar. “¡Papá! ¡Mamá!”, quiso gritar, pero sólo salieron burbujitas. Además, sus padres y el resto del equipo estaban un poco más lejos, filmando algún tipo de pez grande al que no le habían dejado acercarse.

Martin intentó nadar hacia ellos, pero le fallaron las fuerzas. Se llevó las manos a la cara para quitarse la máscara...

... pero, entonces, una sombra, rápida como un rayo, avanzó hasta él ... parecía un pez, pero tenía brazos...

Martin perdió el sentido.

Se despertó de nuevo en la lancha motora. Oyó que su madre lloraba, y su padre hablaba en español con uno de los miembros del equipo. El sol le daba en la cara, y Martin sólo sentía que tenía mucho sueño.

2- La casa del acantilado

Después del incidente en el barco hundido, Martin ya no acompañó a sus padres en la lancha motora. La señora Noppen tenía miedo de que le pasara algo malo, y no quería que se arriesgara. El señor Noppen no entendía qué había podido fallar en el equipo de Martin, ni tampoco cómo había llegado otra vez a la superficie, él solo.

-Lo importante es que estoy bien -protestaba Martin-. Yo quiero salir con vosotros. ¡No podéis dejarme solo en casa todo el día!

-No estás solo, cielo -decía la señora Noppen-. Anita se queda contigo.

Anita era la asistenta. Venía del mismo país que los Noppen, pero Martin no la encontraba nada divertida.

-¿Por qué no sales a jugar con los otros niños? -

preguntaba el señor Noppen.

Pero Martin no quería salir a jugar con los otros niños. No comprendía su idioma y, además, eran todos fuertes y morenos. Martin era flaco y debilucho, y tenía el pelo tan rubio que parecía blanco. Entre los niños españoles se veía diferente, y tenía miedo de que se rieran de él.

En su propio país, las cosas no eran muy diferentes. Como de pequeño se ponía enfermo cada dos por tres, apenas había salido a la calle, y ahora casi no tenía amigos en su ciudad.

-No quiero hacer amigos -les dijo a sus padres-, porque en septiembre volveremos a casa y no los veré nunca más.

-Lo que le pasa a este niño es que es tímido -decía Anita.

Pero, aunque protestó, lloró y pataleó, Martin no consiguió que sus padres le dejaran salir con ellos en la lancha otra vez.

Así que se quedaba todo el día en la casa que los Noppen habían alquilado en lo alto de un acantilado. No era una casa muy grande, estaba algo vieja y no tenía piscina ni jardín, excepto un pequeño terreno lleno de matojos en la parte trasera, junto al acantilado. Pero a Martin le gustaba.

O, por lo menos, le había gustado al principio.

Porque ahora, teniendo que pasar todos los días allí metido, la casa del acantilado se había convertido en una especie de cárcel para él.

-¿Cuánto falta para el uno de septiembre? -le preguntaba a Anita todos los días.

Hasta que ella se cansó de responderle, y colgó un calendario en la pared de la cocina. Y todas las noches, antes de irse a dormir, Martin tachaba un día en el calendario. Pero el tiempo pasaba muy lentamente, y el uno de septiembre estaba aún muy lejos...

Martin tenía prohibido acercarse al acantilado pero, un día que Anita no miraba, lo hizo, y se quedó un buen rato allí. Se puso a buscar en el mar la lancha de sus padres, pero no la vio. Era como si aquella enorme masa de agua se la hubiese tragado.

Martin sintió rabia. El mar le había robado a sus padres, y por poco le había quitado la vida. Se sintió tan furioso que cogió una piedra y la lanzó al agua con todas sus fuerzas.

Las olas que rompían contra las rocas del acantilado, allá abajo, se la tragaron.

Martin cogió otra piedra y la lanzó, aún más lejos.

Y siguió lanzando piedras, como si eso pudiera hacerle daño al mar, hasta que llegó Anita y se lo llevó de allí, alarmada.

Martin se dio cuenta entonces de que tenía las mejillas húmedas, y volvió la cabeza, para que Anita no le viese llorar.

Desde aquel día, el mar se convirtió en su enemigo. Y eso era bastante terrible, porque el mar era lo primero que veía, al levantarse cada mañana, a través de la ventana de su cuarto. El mar era lo único que oía a todas horas.

Martin se quedaba mirándolo y deseando que se secase del todo, para siempre.

-Mis padres te quieren más que a mí -le decía.

Y añoraba su ciudad, donde no había mar.

3- El mirador bajo la luna

Una noche, los padres de Martin volvieron a casa antes de lo acostumbrado. Martin no se lo creía: ¡por fin iban a cenar juntos! Pero le cambió la cara cuando vio que su madre se arreglaba para salir y no le decía a él que hiciera lo mismo.

-¡Eh, eh! -protestó-. ¿A dónde vais?

-A cenar con unos amigos, cielo.

-¿Puedo ir yo también?

-No tienen hijos: te aburrirías.

-¡Ya me aburro! Dejadme ir con vosotros, por favor, por favor, por favor...

Y tanto insistió que al final consiguió lo que quería.

Pero, tal y como le habían advertido sus padres, se aburrió muchísimo en la cena. Los adultos hablaban de cosas que a él no le parecían en absoluto interesantes; y, para colmo, su madre estaba siempre con un ojo puesto en él y susurrándole cosas como:

-¡Siéntate derecho! ¡No juegues con la comida! ¡No hagas ruido al masticar!

Ya era muy de noche cuando salieron de allí para volver a la casa del acantilado. Los padres estaban animados, y parecían disfrutar del paseo desde el pueblo. En el cielo brillaba una bonita luna, y, desde luego, había muchas más estrellas que en la ciudad, pero Martin se caía de sueño y sólo quería llegar a casa para meterse en la cama.

-Podríamos andar más deprisa -sugirió-. Tengo sueño.

-Ya te dijimos que tenías que quedarte en casa -dijo la señora Noppen.

-Así que ahora te aguantas -dijo el señor Noppen.

Y Martin se aguantó. A sus padres les apetecía pasear bajo la luna, y ellos mandaban, así que, ¿qué iba a hacer?

De pronto, se dio cuenta de que habían torcido a la izquierda por una callejuela entre chalets. Aquél no era el camino a casa.

-¿A dónde vamos?

Ellos no respondieron.

Y, entonces, Martin lo vio de nuevo: allí estaba, enorme, oscuro, sombrío, amenazador, su más terrible enemigo: el mar.

-Vámonos a casa, vámonos a casaaaaa... -empezó a protestar.

-Espérate un poquito, ¿quieres? -dijo el señor Noppen, ya algo molesto.

Siguieron andando hasta el borde mismo del acantilado. Allí habían construido un amplio balcón que se asomaba al mar.

Los señores Noppen, apoyados en el antepecho, se quedaron un rato contemplando el cielo estrellado; pero a Martin le parecía que, incluso aquella noche en que él estaba con ellos, sus padres no podían dejar de mirar el mar.

Se sintió furioso, pero no dijo nada.

Entonces vio un letrero junto a él, pero, como estaba en español, no lo entendió.

Tiró a su padre de la manga.

-¿Qué pone ahí, papá?

En realidad, no le interesaba demasiado, pero era una excusa para que él le hiciera caso y dejara de mirar el mar.

El señor Noppen se giró hacia el cartel.

-”El Mirador de las Sirenas” -tradujo.

-¿Sirenas? -repitió Martin, interesado-. ¿De verdad hay sirenas aquí?

De pronto se dio cuenta de que, si había sirenas, estarían en el mar, su mortal enemigo, y se arrepintió de haber hecho la pregunta.

Pero el señor Noppen contestó:

-Bueno, yo llevo muchos años estudiando el mar, y nunca he visto ninguna. ¿Y tú? -le preguntó a su esposa.

-No, yo tampoco -dijo la señora Noppen.

-¿Lo ves, Martin? Ni mamá ni yo hemos visto nunca ninguna sirena. Y ahora, vámonos a casa: es tarde.

Se separaron del mirador. Martin estaba satisfecho de haber conseguido lo que quería; pero, mientras sus padres

caminaban de nuevo hacia la carretera, él se dio la vuelta para observar de nuevo el mirador.

Dudó un momento, y se acercó por fin para asomarse al antepecho. Llevaba una gran piedra en la mano.

Se quedó mirando el cielo y el mar, y sintió la brisa de la noche refrescándole la cara. Vio abajo las enormes rocas sobre las que rompían las olas, cubriéndolas de blanca espuma, y creyó ver algo que se movía por allí abajo.

Sacudió la cabeza y lanzó la piedra contra el mar, con todas sus fuerzas.

Luego, dio media vuelta y corrió para alcanzar a sus padres.

4-. La Niña del Mar

Martin se olvidó enseguida del mirador, porque sus padres seguían pasando más tiempo en el mar, con los peces, que en casa, con él. Así que seguía tachando todos los días del calendario, y deseando que llegase pronto el uno de septiembre.

-¡Vete a jugar con los otros niños! -decía Anita, cansada de verle tumbado en el sofá, viendo la tele.

-Me aburro -respondía Martin.

Y es que había pillado un canal de su país, y era un alivio ver la tele en su propio idioma; mucho mejor, pensaba, que conocer a gente nueva con la que no iba a entenderse.

-Eres demasiado tímido -repetía Anita, moviendo la cabeza y con los brazos en jarras.

A Martin no le importaba que ella pensase así de él, porque seguía haciéndole bizcochos para merendar.

Un día, sin embargo, Anita se puso a fregar la casa de arriba a abajo y echó a Martin a la calle sin contemplaciones.

-¡Si no vas a ayudar, aquí molestas!

Martin merodeó por el pueblo y por entre los chalets del acantilado, aburrido, esperando que atardeciera para volver a casa.

Sus pasos lo llevaron de nuevo al Mirador de las Sirenas, y se asomó al antepecho, para contemplar, una vez más, a su gran enemigo, el que le había robado a sus padres.

Atardecía ya. En el cielo asomaba una enorme y brillante luna llena.

Martin se quedó un rato más en el mirador, preguntándose cosas como cuántas piedras harían falta para tapar el mar.

Cuando se hizo de noche de todo, Martin decidió que ya era tarde, y que debía volver a casa.

Entonces, por casualidad, miró hacia abajo, y vio algo.

Sobre una gran roca plana, batida por las olas, al pie del acantilado, había una sombra. No se movía, y Martin se preguntó si sería o no una persona.

Se quedó mirándola un buen rato, hasta que la vio moverse un poco. Un rayo de luna le iluminó la cara, y Martin vio que parecía una niña de su edad.

-¡Hola! -saludó-. ¿Qué haces ahí abajo?

Ella miró hacia arriba, pero no dijo nada. Martin recordó entonces que la niña no conocía su idioma, y se puso colorado, sintiéndose muy tonto. Además, el mirador quedaba muy por encima de la roca plana donde estaba sentada la niña, y, con el ruido de las olas, ella no lo oiría.

No había mucha luz, pero Martin pudo ver que la niña tenía un pelo larguísimo, que le caía por la espalda como un manto.

Martin parpadeó. Estaba casi seguro de que la niña tenía la piel oscura y el pelo de color verde.

De pronto, oyó voces tras él, y se dio la vuelta: un hombre y una mujer acababan de llegar al mirador.

Cuando Martin volvió a mirar hacia abajo, la niña ya no estaba.

Se frotó los ojos, muy sorprendido. ¿Lo habría soñado todo? Se puso de puntillas, apoyado en el antepecho, y estiró el cuello para intentar verla otra vez entre las rocas, o entre las olas.

Ni rastro de ella.

Entonces, Martin se dio cuenta de que ya era muy tarde, y corrió a casa.

Por el camino no paraba de preguntarse si aquella niña era una sirena, y si la había visto de verdad, o se lo había imaginado todo.

-¡Papá! -dijo en cuanto entró en la casa; los Noppen acababan de llegar-. ¡He visto una sirena!

-¿Ah, sí? ¿Y tenía cola de pez?

-No lo sé. Estaba oscuro.

-Entonces, ¿cómo sabes que era una sirena?

Martin no dijo nada, pero pensó que su padre tenía razón.

Se fue a la cama y, por primera vez en tres semanas, se le olvidó tachar el día del calendario.

5- La canción de las olas

Martin no quería reconocer que estaba intrigado.

Empezó a salir algo más que antes, aunque no mucho. Rondaba por las casas de los acantilados sin ir a ningún sitio en concreto, aunque sus paseos lo llevaban, como quien no quiere

la cosa, cada vez más cerca del mirador.

Pero siempre resistía la tentación de asomarse, recordando qué era lo que le esperaba al otro lado: el mar, siempre el mar.

Una noche se despertó de pronto, con el corazón latiéndole muy deprisa. Sin saber muy bien por qué, se levantó de un salto y se asomó a la ventana.

El mar estaba tranquilo y en calma, pero había algo diferente en el sonido de las olas que rompían contra las rocas del acantilado.

Lo estaban llamando.

Martin dio la espalda a la ventana y volvió a la cama. No pensaba escuchar al mar. No quería que el mar lo hipnotizara, como había hipnotizado a sus padres.

La noche siguiente, sin embargo, volvió a oír la canción del mar, llamándolo. Se tapó con la sábana hasta la barbilla y escondió la cabeza bajo la almohada.

Pero la música de las olas seguía sonando, noche tras noche, y a Martin le costaba muchísimo dormir.

Durante el fin de semana, sus padres lo notaron.

-¿Qué te pasa, cielo? -preguntó la señora Noppen-. Tienes ojeras. ¿No duermes bien?

-Hace mucho calor -se le ocurrió decir a Martin.

-De día sí, pero... ¿de noche, junto al mar, en lo alto del acantilado? Yo creo que se está muy bien.

Martin no se sentía a gusto con aquella conversación, y el señor Noppen se dio cuenta, así que cambió de tema:

-Anita me ha dicho que ahora sales más, Martin. ¿A dónde vas?

-Por ahí.

-¿Sigues buscando sirenas?

-No -respondió Martin rápidamente.

-Eso está bien, porque, si escuchas el canto de una sirena, podrías quedar hechizado para siempre.

Martin era ahora todo oídos.

-¿En serio?

-Dicen las leyendas que, cuando cantaban las sirenas, los marineros que escuchaban su canto quedaban embrujados, y dirigían sus barcos hacia el lugar de donde venía la canción... casi siempre un arrecife, por lo que los barcos naufragaban.

-No hagas caso a tu padre, cielo -intervino la señora Noppen-. No hay sirenas en el mar.

Pero aquella noche Martin volvió a escuchar la canción del mar.

“Al fin y al cabo, yo no voy en barco”, se dijo.

Y decidió, de una vez por todas, intentar descubrir qué estaba pasando.

Se puso una camiseta, un pantalón corto y unas zapatillas de deporte, y salió de la casa sin hacer ruido, dejando la puerta trasera entornada, para poder volver.

Estaba tan ocupado pensando en la música de las olas y en lo que encontraría al llegar al mirador, que no se le ocurrió pensar que podría ser peligroso salir solo a aquellas horas de la noche.

No tardó en llegar al Mirador de las Sirenas.

No había nadie. Martin miró a su alrededor y se acercó al antepecho, pero se quedó quieto antes de asomarse.

Frente a él estaba el mar, oscuro y silencioso.

-Tú te has llevado a mis padres -le recordó Martin-, pero no vas a poder llevarme a mí también.

Y, para demostrárselo, se asomó al mirador. Y miró hacia abajo.

El corazón le dio un vuelco.

La Niña del Mar estaba allí, sobre la roca plana, donde

Martin la había visto por primera vez. La luna salió de detrás de una nube y la bañó con su luz, y Martin vio que ella estaba cantando. Era una canción extraña, diferente, sin palabras, pero que llegaba al fondo del corazón.

Era una canción muy triste.

Él se quedó mirándola, pero, entonces, la Niña del Mar dejó de cantar y le miró.

Martin se apartó del antepecho y echó a correr hacia su casa.

No quería caer bajo el hechizo de la sirena.

6- La roca vacía

La canción de la Niña del Mar siguió oyéndose durante muchas noches más. A Martin le despertaba siempre, aunque cerrara la ventana, aunque metiera la cabeza bajo la almohada, aunque se taponara los oídos con algodón.

-Jonas, el niño no duerme bien -le decía la señora Noppen a su marido, preocupada.

Y examinaba a Martin de arriba a abajo, esperando encontrar algo que explicara sus ojeras y sus bostezos.

Una tarde en que los Noppen volvieron temprano y encontraron a Martin dormido en el sofá, la señora Noppen decidió ir al grano. En cuanto Martin se despertó, ella se sentó junto a él y le dijo:

-Martin, cielo, ¿qué es lo que te pasa? Anda, dime la verdad. ¿Por qué no duermes bien?

-Por el ruido -bostezó Martin.

-¿Ruido? ¿Qué ruido? ¿Te refieres al ruido del mar?

-No, a la canción de... -se calló de pronto.

Sus padres no creían en sirenas, así que no podía hablarles de la Niña del Mar, ni de su canción.

-Alguien canta por las noches -dijo-. Y no me deja dormir.

-¿Estás hablando del canto de los grillos? -preguntó el señor Noppen.

-No. ¿Es que vosotros no lo oís?

No, el señor y la señora Noppen no oían nada raro por las noches.

A partir de aquella noche, la señora Noppen empezó a dar a su hijo leche caliente antes de que se fuera a dormir, para que se relajara. Al ver que no servía de nada, pasó a las infusiones.

Pero la canción de la Niña del Mar seguía oyéndose por las noches, y Martín seguía sin dormir bien.

Hasta que una noche dejó de oírse.

Martín no lo notó enseguida, porque durmió a pierna suelta toda la noche. A la mañana siguiente, cuando se despertó, se dio cuenta de que había dormido muy bien, y se preguntó por qué. Quizá era porque ya se había acostumbrado a la canción de la Niña del Mar, y por eso no se había despertado de madrugada.

O quizá ella no había cantado aquella noche.

Martín tampoco se despertó la noche siguiente, ni a la otra, ni en toda la semana. Sus ojeras desaparecieron, y volvió a dormir con normalidad.

Pero estaba un poco preocupado por la Niña del Mar, aunque no sabía muy bien por qué.

Así que una noche cogió el despertador y lo puso bajo la almohada, para que no despertase a sus padres al sonar de madrugada: tenía pensado volver a salir., para ver si la Niña del Mar seguía sobre la roca plana.

El despertador sonó a la hora prevista, y Martín se

levantó sin hacer ruido. Salió de la casa del acantilado sin problemas, y no se encontró con nadie en el camino hacia el mirador.

Pero la Niña del Mar no estaba allí.

Las olas seguían rompiendo contra las grandes rocas del acantilado, y su murmullo aún se oía desde el mirador; pero ya no subía mezclado con las notas de la canción de la sirena.

Martin se quedó un rato allí, mirando la roca plana, esperando que ella volviera. La roca plana estaba fría y desnuda sin la Niña del Mar, y Martin empezaba a echarla de menos, y a arrepentirse de no haber ido más veces al mirador cuando ella le llamaba.

La Niña del Mar no volvió a la roca aquella noche, ni tampoco las siguientes.

Parecía que Martin no volvería a escuchar su canto nunca más.

7- El aviso de la gaviota

Faltaban sólo dos semanas para el uno de septiembre, y a Martin volvieron a hacérsele los días largos. La Niña del Mar había desaparecido, y tanto el mirador como el pueblo, la casa y el acantilado habían dejado de ser interesantes.

Sin embargo, Martin volvía a menudo al mirador, con la esperanza de volver a verla. Pero la roca plana seguía vacía.

“Después de todo, era bonita su canción”, pensaba Martin, “aunque no me dejara dormir”.

Ya no tenía fuerzas para odiar al mar. Cuando parecía claro que la sirena no iba a volver, el niño se encerró de nuevo en casa para ver la tele.

-¡Sal a jugar! -decía Anita.

Pero Martin no tenía ganas.

Un día no pudo evitarlo y volvió al mirador. Echó un vistazo a la roca plana: la Niña del Mar no estaba allí.

Martin suspiró, aburrido.

Iba a dar media vuelta para volver a casa cuando una voz chillona sonó muy cerca de él:

-No la encontrarás, niño.

Martin pegó un salto, y miró a su alrededor. No había nadie más en el mirador.

-Lo habré imaginado -se dijo.

-Oh, no lo creo, niño -le contestó la voz amablemente-. Me has oído perfectamente, me temo.

Martin volvió a mirar a su alrededor, aún más asustado que antes. Sólo vio una enorme gaviota que se paseaba por el antepecho del mirador y le observaba fijamente.

-Me estoy volviendo loco -dijo Martin.

-Quizá -admitió la voz.

-¿Quién eres?

La gaviota avanzó por el antepecho hasta pararse muy cerca de él. Martin intentó espantarla con una mano, pero la gaviota no se movió.

-Mira que eres maleducado -comentó la voz chillona, y Martin se dio cuenta entonces de que era la gaviota quien le estaba hablando.

-¡Pero si hablas!

-Menuda noticia -dijo la gaviota-. Lo realmente asombroso es que tú puedas entenderme. Como los humanos sois tan zoquetes...

Martin estaba demasiado pasmado como para sentirse ofendido.

-Pero... pero... -tartamudeó- ¡Estoy hablando con una

gaviota!

-Zoquete -suspiró la gaviota-. Muy bien, te lo explicaré: tú has oído el canto de una sirena, y ahora puedes entender a los animales... si es que ellos se dignan a hablar contigo, claro.

-Pero, ¿por qué?

-Por qué, ¿qué?

-¿Por qué si oigo el canto de una sirena puedo entender a los animales?

-Pues porque es así.

Hubo un largo silencio. Martin se sentía algo estúpido hablando con una gaviota, pero tenía muchas cosas que preguntare, así que dijo por fin:

-¿Dónde está la Niña del Mar?

-¿La sirena? Se ha marchado.

-¿A dónde?

-¿Y cómo quieres que lo sepa?

-Has dicho que no la encontraría.

-Y es cierto. ¿Y qué?

Martin no supo qué contestar.

-Bueno... parecía que supieses a dónde ha ido.

-Supongo que se habrá ido a buscar a su madre.

-¿A su madre?

-Claro, niño. También las sirenas tienen madres, ¿qué te creías?

-Pero...

-Bueno, vale, te lo explicaré: todos los años, en el solsticio de verano, las sirenas se reúnen en algunos lugares de la costa. Y esta cala es uno de esos lugares.

-¿Por eso construyeron aquí el mirador?

-Probablemente algún humano especial tuvo la suerte de ver alguna vez una sirena.

-¿Y qué le ha pasado a la Niña del Mar?

-Ha estado esperando aquí a su madre desde hace ya dos lunas -explicó la gaviota-, y ella no ha venido. Supongo que la niña se ha cansado de esperar y de llamarla por las noches.

Martin se sintió desilusionado. Siempre había creído que la Niña del Mar lo llamaba a él.

De pronto llegó gente al mirador, y la gaviota alzó el vuelo, chillando:

-¡No lo olvides! ¡No la acompañes en su búsqueda, niño!
¡Es un viaje peligroso!

Martin se quedó mirándola hasta que no fue más que un punto lejano en el cielo.

8- La tormenta

Pasaron dos días, y Martin no volvió a oír hablar a una gaviota, así que empezó a pensar que todo había sido un sueño. Faltaba muy poco para el uno de septiembre, pero ahora Martin ya no sabía si quería volver a casa o seguir rondando por el extraordinario Mirador de las Sirenas.

Una tarde, sus padres volvieron muy pronto a casa.

-¡Hola! -saludó Martin sorprendido, al verles entrar-.
¿Qué hacéis aquí a estas horas?

-Es el tiempo -respondió la señora Noppen-. Hay mucho viento y el mar está movido. Creo que va a haber tormenta.

Martin no había salido de casa aquel día, así que no había visto el estado del mar. Corrió a asomarse a la ventana, y se asombró del tamaño de las olas que rompían contra el acantilado. Por el horizonte asomaban unos nubarrones que no presagiaban nada bueno.

Al anochecer estalló la tormenta, y Martin se alegró de que sus padres no hubieran salido en barca aquella tarde. El

ruido del mar era ensordecedor, el viento silbaba y la lluvia caía con fuerza. Los truenos retumbaban y los relámpagos iluminaban un cielo cubierto de nubes negras.

-Es una típica tormenta de finales de verano -dijo el señor Noppen-. Mañana habrá parado de llover, y saldrá el sol.

Aquella noche, Martín no tuvo problemas para dormirse, a pesar de los truenos y del silbido del viento. En la casa del acantilado se sentía seguro.

Pero de madrugada se despertó, sobresaltado, al oír un sonido conocido: mezclada con los ruidos de la tormenta se oía claramente... ¡la canción de la Niña del Mar!

Martín no se lo pensó dos veces. No le importaban la lluvia, la noche ni los truenos. Tenía que volver a verla antes de marcharse, así que salió de la casa sin que nadie se enterase. Sobre la ropa llevaba puesto su impermeable rojo.

Corrió entre las casas del acantilado, sintiendo la lluvia, oyendo a sus pies el bramido de las olas. Corrió y corrió hasta llegar al Mirador de las Sirenas, y se paró, jadeante.

Se asomó con precaución. Abajo, las olas se habían vuelto locas, y golpeaban con furia las piedras del acantilado. Eran tan altas que cubrían por completo la roca plana donde solía sentarse la Niña del Mar.

Ella no estaba allí, pero su canción seguía oyéndose, así que Martín se asomó más todavía e intentó verla a la luz de los relámpagos en el mar revuelto.

Entonces, una voz conocida chilló en su oído:

-¡Te dije que era peligroso! ¡No deberías haber venido!

Martín se volvió hacia la gaviota y gritó también, entre el bramido de las olas:

-¡Ha vuelto! ¡La Niña del Mar ha vuelto!

-¡Pero volverá a marcharse, y tú no debes ir con ella!

-¡No seas tonta! -replicó Martín, molesto-. ¡Yo no puedo

ir con ella!

La gaviota revoloteó un poco más a su alrededor y se alejó, chillando:

-¡Luego no digas que no te lo advertí!

Martin no le hizo caso. Se apoyó en el antepecho y se asomó otra vez. El viento le había quitado la capucha del impermeable y la lluvia le estaba empapando el pelo y la cara, pero a él no le importaba.

Y entonces vio a la Niña del Mar entre las olas, mirándole.

Martin la saludó con la mano, aunque se sentía un poco tonto. Entonces ella levantó la mano también y le devolvió el saludo.

Y desapareció entre las olas.

Martin se inclinó aún más sobre el antepecho, intentando verla otra vez, y se puso de puntillas.

Pero, de pronto, resbaló y cayó, cayó...

Vio abajo el mar embravecido, y sólo pudo pensar que caería en brazos de su mortal enemigo...

¡Splash!

9- El viaje de la sirena

Martin abrió los ojos y se encontró con otros ojos, oscuros y chispeantes, que lo observaban con curiosidad.

-Hola -dijo la Niña del Mar.

-¡Hablas mi idioma! -se sorprendió Martin.

-No, tú hablas el mío.

Martin no quiso discutir, y miró a todos lados. Estaba oscuro, y hacía algo de frío. El largo pelo verde de la Niña del Mar flotaba a su alrededor.

-¿Dónde estamos?

-Bajo el mar.

-Eso no puede ser. Yo no puedo respirar bajo el agua.

-Pues ahora sí que puedes.

La Niña del Mar nadó a su alrededor, algo impaciente. Tenía una larga y brillante cola de pez, cubierta de escamas.

-Nadas muy bien -comentó Martin, con admiración y un poquito de envidia.

-Ya lo sé. Bueno, ¿nos vamos ya, o qué?

-Irnos, ¿a dónde?

-A Irlanda.

-¿A Irlanda? No. Yo no quiero ir a Irlanda.

-¡Pero tienes que venir!

-¿Por qué?

-Porque me debes un favor.

-¿Ah, sí? -Martin empezaba a pensar que la Niña del Mar era un poco mandona y presumida-. ¡No te debo nada!

-Me debes la vida: una vez te vi buceando entre las rocas, con más gente con piernas, como tú. Todos llevabais unos trajes muy raros y unos cacharros en la espalda...

Y Martin recordó de pronto el día que había bajado a bucear con sus padres, y el equipo le había fallado. Una sombra...

-¡Tú! -dijo de pronto-. ¡Eras tú! Tú me sacaste del agua.

La Niña del Mar sonrió.

-¿Lo ves? -dijo-. Me debes un favor.

Martin se calló un momento. Estaba confundido. Si la sirena le había salvado la vida, estaba en deuda con ella. Pero no le apetecía nada ir hasta Irlanda y, además, la gaviota le había aconsejado que no lo hiciera.

-¿Y para qué quieres ir a Irlanda? -preguntó.

-Porque allí es donde se reúnen todas las sirenas en el

equinoccio de otoño.

-Y crees que allí vas a encontrar a tu madre, ¿no? -
adivinó Martin, pero la Niña del Mar se enfadó.

-¿Quién te ha dicho lo de mi madre? ¡No es asunto tuyo!

-No te pongas así. Mis padres también se olvidan de mí
algunas veces. Tienen mucho trabajo.

-¡Pero no te dejan abandonado durante dos lunas! -
lloriqueó la Niña del Mar.

Martin decidió cambiar de tema.

-¿Y por qué quieres que vaya contigo a Irlanda? -
preguntó.

La Niña del Mar se mordió el labio y sacudió la cabeza.

-Es que... -empezó.

-¿Qué?

-Es que me da miedo ir sola -terminó, poniéndose
colorada.

-¡Pero yo no puedo ir contigo! Mis padres estarán
preocupados. ¿Por qué no les dices a las otras sirenas que te
acompañen?

-¡Porque ya se han ido todas! Y me he quedado aquí, yo
sola...

-Pero...

La Niña del Mar no le dejó terminar. Le agarró de la
mano y se puso en marcha, moviendo con elegancia su cola de
pez, y arrastrando a Martin detrás de ella.

-¡Rumbo a Irlanda! -gritó.

Al cabo de un rato, Martin había dejado de tener miedo.
Estar bajo el agua era fantástico, como aquella vez que había
bajado a bucear con sus padres, antes de que su equipo se
estropeará. Ahora buceaba junto a la Niña del Mar sin necesidad
de llevar a la espalda la incómoda botella de oxígeno, nadando
entre peces y corales.

-¿Sabes lo que estaba pensando? -le dijo a su nueva amiga.

-¿Qué?

-Que mis padres han pasado ya muchas horas bajo el agua, y que ahora me toca a mí.

La sirena se puso algo triste. Seguramente, se acordaba de su madre. Pero, enseguida, una amplia sonrisa iluminó su cara de piel morena.

-¡Rumbo a Irlanda! -repitió.

-¡Sí! -dijo Martin-. ¡Rumbo a Irlanda!

10- El Bosque de Coral

Martin no sabía cuánto tiempo llevaban nadando, porque allí abajo no se veía la luna, ni tampoco el sol, y su reloj, que no era sumergible, hacía rato que había dejado de funcionar.

Pero terminó estando cansado.

-Podríamos parar un poco -le dijo a la sirena.

-¡Pero si acabamos de empezar el viaje!

-Sí, pero yo no estoy acostumbrado a nadar bajo el agua, y me canso.

-¡Bah! Los humanos os lo tenéis muy creído, pero luego...

-Tú sí que eres creída -replicó Martin, picado-. ¡me gustaría verte intentando caminar en tierra, con esa cola!

La Niña del Mar se puso pálida.

-¡No digas eso!

-¿Por qué no?

-Mi madre dice que, si nos cogen los humanos y nos llevan a tierra, nos encerrarán en un zoológico -explicó, muy asustada-. Oye, por cierto... ¿qué es un zoológico?

A Martin le gustaba mucho ir al zoo, pero en aquel momento se sintió avergonzado, y no se lo quiso explicar. La Niña del Mar se enfurruñó, y decidió no hacer ningún descanso aún.

Los dos estuvieron sin hablarse un buen rato, hasta que la Niña del Mar señaló unas sombras un poco más allá.

-¡Mira! -dijo-. Es el Bosque de Coral. ¡Allí podremos descansar!

Martin la siguió.

Se adentraron en el Bosque de Coral. Allí los Corales eran tan altos y grandes como árboles, y mostraban todo tipo de colores y formas extrañas. Multitud de pececillos se asomaban entre las rocas, los corales y las algas, y los miraban con curiosidad.

-Uauh -dijo Martin, admirado-. Espera a que papá y mamá vean esto.

-Los humanos nunca llegarán aquí -dijo la Niña del Mar.

-Pues yo he llegado -observó Martin, y ella se enfurruñó otra vez.

Se pararon al pie de un enorme coral de color violeta, para descansar. Pero, enseguida, la Niña del Mar volvió a internarse entre los corales.

-¡Espera! -la llamó Martin-. ¿A dónde vas?

-¡A buscar comida!

Al cabo de un rato volvió con los brazos cargados de algas azules. Se sentó junto a Martin y empezó a comérselas tranquilamente.

-¿Quieres? -le ofreció.

-¡No, no! -se apresuró a contestar Martin, aunque tenía hambre.

-No seas tonto. Está bueno. Anda, pruébalo.

Martin se arriesgó, y mordisqueó unas hojitas.

-¡Ahí va! -dijo, sorprendido-. Sabe a mermelada.

Y cogió más.

Pronto, las algas se acabaron, y la Niña del Mar dijo:

-¡Ya es hora de ponernos en marcha otra vez!

-¿Ya? -protestó Martin-. ¡Yo quiero quedarme aquí un rato más!

La sirena intentó cogerle por la manga del impermeable, pero Martin se escapó y se fue nadando a esconderse entre los corales.

-¡No me coges, no me coges...!

Pronto los dos niños estuvieron entretenidos, jugando al escondite submarino en el Bosque de Coral. Martin se lo estaba pasando en grande, y la Niña del Mar ya no le parecía tan creída.

Escondido debajo de un enorme matorral coralino de color rosado, Martin se asomó con cuidado, para ver si la Niña del Mar estaba cerca.

No la vio.

Esperó un buen rato, pero ella no apareció. Entonces salió de su escondite y empezó a buscarla.

No la encontró.

Martin quiso llamarla, pero se dio cuenta de pronto de que no sabía su nombre; él siempre la había llamado “la Niña del Mar”, pero, seguramente, ella se llamaba de otra manera.

De todas formas, probó:

-¡¡Sirenaaaaaa!! ¡¡Eeeeeehhhh, sireeeenaaaaaa!!

Y escuchó.

No oyó nada.

Empezó a preocuparse. Intentó volver al enorme coral violeta junto al que habían comido, pero no pudo encontrarlo otra vez.

Se había perdido.

Llamó a la Niña del Mar hasta casi quedarse sin voz,

pero ella seguía sin contestar.

11- La aldea submarina

Martin estaba a punto de echarse a llorar. Estaba perdido en el Bosque de Coral, no encontraba a la Niña del Mar y no sabía cómo volver a casa.

-Creo que se ha marchado -dijo entonces una voz, tímidamente.

Martin se volvió. Oculto entre los corales le miraba un pequeño pez blanco y naranja, con ojillos saltones.

-¿Quién eres?

-Un pez-payaso.

Martin se sonrió.

-Así me llaman los humanos -dijo el pez-payaso, ofendido-. No sé qué te hace tanta gracia.

-Perdona. ¿Has visto a la Niña del Mar? Una sirena de piel morena y pelo verde.

-¿La hija de la Sirena Negra? La he visto hace un rato. Estaba muy enfadada. Decía que, si no querías acompañarla, se iría a Irlanda ella sola.

-¡Pero si sólo estaba jugando al escondite!

-Pues se cansó de buscarte.

-¿Y se ha ido? ¡Oh, no! ¿Qué voy a hacer ahora?

El pez-payaso salió de su escondite y se acercó a consolarlo.

-Yo sé dónde puede estar -dijo.

Martin siguió al pez-payaso a través del Bosque de Coral, hasta que salieron de él y lo dejaron atrás. Entonces, el pez-payaso siguió nadando, pero parecía nervioso, y miraba constantemente a un lado y a otro.

-¿Por qué haces eso? -preguntó Martin.

-¡Calla! Ahora estamos lejos de cualquier escondite. Si viene un pez gordo, nos puede comer.

Martin no había pensado en eso. Ahora comprendía por qué la gaviota le había dicho que era un viaje peligroso.

Así que también él abrió bien los ojos, por si aparecía algún pez gordo.

Al cabo de un rato, llegaron a un curioso pueblo submarino. Las casas eran conchas vacías de caracolas gigantes, y los árboles de las calles eran enormes matas de coral.

Pero no había nadie.

-¡Hola! -gritó Martin-. ¡Eh, hola! ¿Hay alguien aquí?

-Se han ido todos a Irlanda -dijo el pez-payaso.

-Entonces, ¿para qué me has traído aquí?

-Porque aquí vive la sirena que buscas.

Martin y el pez-payaso recorrieron el pueblo submarino, entraron en las casas-caracola, buscaron por todos los rincones, pero no encontraron a nadie.

Martin estaba muy desanimado.

-Nunca la encontraré -dijo.

-Bueno, la encontrarás si vas a Irlanda -dijo el pez-payaso.

-¡Pero yo no sé por dónde se va a Irlanda! Yo sólo quiero volver a casa.

-Mmmm... mmmm... -dijo el pez-payaso-. No puedo ayudarte. Deberías preguntarle a la Sirena Negra.

-¿La Sirena Negra? -repitió Martin-. ¿No es la madre de la Niña del Mar?

-Sí, eso es.

-¿Y cómo voy a encontrar a la Sirena Negra, si ni su hija sabe dónde está?

-Mmmm... mmmm... -dijo el pez-payaso-. Sí, tienes razón. Lo más probable es que ya se haya ido a Irlanda, con las demás.

-¿Y no hay nadie que pueda ayudarme a volver a casa?

-Mmmm... mmmm... -dijo el pez-payaso-. Sí, es posible. Si me acompañas, puede que encontremos a alguien que puede devolverte a casa. Aunque no sé si querrá.

-¿Por qué?

-Porque es muy perezosa. Por eso es posible que no se haya ido a Irlanda con las demás; pero, también por eso, es posible que no tenga ganas de acompañarte de vuelta a casa.

-Bueno, no se pierde nada por intentarlo.

Recorrieron el pueblo de caracolas una vez más, pero no encontraron nada interesante, así que siguieron nadando hasta dejarlo atrás.

12- El barco hundido

Martin siguió al pez-payaso por el fondo del mar. Nadaban y nadaban entre rocas y corales, y otros peces los saludaban al pasar. Pero el pez-payaso no se paraba, aunque seguía mirando a todos lados con los ojos muy abiertos.

Por fin vieron una sombra oscura un poco más allá: una sombra oscura y llena de picos.

-¡Un barco hundido! -exclamó Martin.

-¡Un gran escondite! -corrigió el pez-payaso-. Y, seguramente, allí encontraremos a la persona que buscas.

Llegaron junto al barco hundido, y el pez-payaso le dijo a Martin:

-Espera aquí un momento. Vuelvo enseguida.

Y entró por una de las escotillas.

Martin esperó y esperó, hasta que se cansó de esperar, y entró en el barco hundido para explorar un poco.

Era increíble. Sobre los restos del barco habían crecido todo tipo de algas y corales, y en sus huecos buscaban cobijo

millares de pececillos de todos los colores.

Martin entró por la puerta de uno de los camarotes, sin importarle que estuviera oscuro.

-Si papá pudiera ver esto... -murmuró-. Le encantan los barcos hundidos.

Enseguida se sintió algo triste. Echaba de menos a sus padres.

De pronto, dos ojos amarillos brillaron en la oscuridad, y un enorme monstruo alargado, todo dientes, se lanzó sobre él.

Con un grito, Martin se echó hacia atrás.

-¡Fuera de aquí! -rugió una voz-. ¡No me dejas dormir!

-Lo-lo siento -tartamudeó Martin, y salió a toda velocidad.

Se encontró con el pez-payaso.

-¡Vaya, chico, qué cara traes!

-Seguro que ha entrado en el escondrijo de la morena -dijo otra voz-. Es muy quisquillosa, y tiene muy malas pulgas.

Martin vio entonces que, junto al pez-payaso, había una sirena de piel clara y pelo de color fucsia.

-¿Cómo sabíais que estaba aquí? -le preguntó la sirena al pez-payaso-. Yo no se lo dije a nadie.

-Porque siempre buscas cualquier excusa para no salir de viaje. Imaginé que te esconderías en alguna parte hasta que todas se hubieran ido.

La sirena se puso colorada.

-Yo...eh...bueno... me dolía un poco la cabeza.

El pez-payaso le contó lo que le había pasado a Martin. La sirena de la melena fucsia escuchaba con atención.

-No puedo ayudarte -dijo entonces-. No sé cómo puedes volver a casa. Nunca he ido de viaje hasta las costas de España.

-Oh, vaya -dijo Martin, muy triste-. ¿Has visto a la Niña

del Mar, la hija de la Sirena Negra?

-No, no la he visto. Pero sé dónde está la Sirena Negra.

-¿En Irlanda?

-No, no, aún no se ha ido. Está en el arrecife, con una manada de delfines.

-¿En serio? ¡Es genial!

Martin daba botes en el agua, de la alegría. Abajo se oyó la terrible voz de la morena:

-¡Quiero dormir! Si no os calláis, ¡os comeré a todos!

Al pez-payaso le castañeteaban los dientes.

-No os preocupéis -dijo la sirena-. Es sólo para asustar.

Una vez se zampó la cámara de un submarinista, y desde entonces le duele la tripa y sólo come sopa de algas.

Por si acaso, Martin habló en voz más baja:

-¿Puedes acompañarme al arrecife?

-Ay... me duele la cabeza -dijo la sirena con voz quejosa-. ¿No te lo he dicho ya?

-Yo te acompañaré -dijo el pez-payaso.

Se despidieron de la sirena perezosa y dejaron atrás el barco hundido y a la morena con dolor de estómago.

13- La Sirena Negra

Llegaron enseguida al arrecife, una enorme extensión de rocas picudas entre las que crecían los corales.

-¡Qué bien, más escondites! -dijo el pez-payaso, muy contento.

Avanzaron entre las rocas, buscando señales de la Sirena Negra. Preguntaron a una raya, a un pez-globo y a un grupo de medusas que nadaban todas en formación. Siguieron sus indicaciones, hasta que, de pronto, el pez-payaso dijo:

-¡Mira, Martin! ¡Allí!

Martin miró, y vio a lo lejos varias sombras oscuras y alargadas que nadaban lentamente.

-¡Los delfines!

Se acercaron hacia allá.

Pero, entonces, otra sombra, más grande, pasó ante ellos como un rayo, y fue a ocultarse entre las rocas.

-¡Señora! -gritó el pez-payaso-. ¿eres tú la Sirena Negra? ¡Este niño humano tiene noticias de tu hija!

Hubo un silencio y, entonces, se oyó una voz suave que preguntaba:

-¿Es verdad? ¿Has visto a mi hija?

La Sirena Negra salió de su escondite y avanzó hasta Martin, que se echó hacia atrás, un poco asustado.

La Sirena Negra tenía la piel oscura, muy oscura, como los hombres negros que vendían collares y gafas de sol en la playa.

-¿Qué pasa, niño? -preguntó ella-. Entre los humanos también hay gente de piel oscura.

-Ya lo sé -dijo Martin-. Lo que pasa es que yo creía que todas las sirenas eran de piel clara.

La Sirena Negra rió, y Martin se dio cuenta de que tenía razón al reírse. Pensó también que la Niña del Mar no tenía la piel clara como la sirena perezosa del barco hundido, aunque tampoco la tenía tan oscura como la Sirena Negra.

-Tu hija cree que te has olvidado de ella -dijo Martin.

Y le contó a la Sirena Negra la historia de la Niña del Mar; cómo la había esperado bajo el mirador durante dos lunas, y cómo la llamaba, y ella no contestaba. Y cómo había decidido marcharse a Irlanda sola, acompañada sólo por el propio Martin.

La Sirena Negra escuchó en silencio, y luego dijo:

-Tuve que quedarme aquí y no pude viajar a España.

-¿Por qué?

-La Sirena Negra cuida de todas las criaturas del mar - explicó el pez-payaso.

-¡Ah! -dijo Martin-. Eres como un médico, ¿verdad?

La Sirena Negra sonrió.

-Amo el mar, y a todos sus habitantes. Cada vez hay más problemas, y yo cada vez tengo más trabajo. Pero eso no significa que no quiera a mi hija: mandé a los delfines a decirle que se fuera con las demás a Irlanda, y que no me esperara, porque nos encontraríamos allí.

-¿Y qué pasó con los delfines?

La Sirena negra se apartó para que vieran a la manada de delfines, y Martin y el pez-payaso se dieron cuenta enseguida de lo que había pasado.

Los delfines parecían enfermos. Estaban cubiertos de algo oscuro y pringoso.

-Petróleo -explicó la Sirena Negra, con expresión severa-. Los humanos quieren destruir el mar y a todos los que vivimos en él.

Martin bajó la cabeza, avergonzado, recordando que él había odiado el mar, porque se había llevado a sus padres.

¡Sus padres! Martin levantó la cabeza.

-Hay humanos que aman el mar también -dijo, y le contó a la Sirena Negra que sus padres eran científicos y que descubrían las maravillas del mar para que los seres humanos entendieran por fin que tenían un tesoro bajo las aguas, y que debían cuidarlo y respetarlo.

-Mis padres están enamorados del mar, como tú -dijo-. Y yo sé que hay más gente como ellos.

La Sirena Negra sonrió.

-Y seguro que están preocupados por ti -dijo-. Te llevaremos a casa. Pero antes, necesito que me hagas un favor.

Miró a un pequeño delfín, que había tenido la suerte de no quedar manchado por el petróleo, y que ahora nadaba alrededor de los demás, preocupado.

-Por favor, id a buscar a mi hija -dijo la Sirena Negra-. No puede estar muy lejos.

Martin buscó al pez-payaso, pero ya se había escondido otra vez, así que él y el delfín se alejaron juntos del arrecife, en busca de la Niña del Mar.

La encontraron no lejos del barco hundido, sentada sobre una ostra gigante, llorando desconsoladamente.

14- El viaje de vuelta.

En cuanto vio a Martin, la Niña del Mar se secó las lágrimas rápidamente y sacudió su melena verde.

-Hola -saludó Martin.

-Hola -dijo ella, enfurruñada-. ¿Dónde te habías metido?

Martin decidió ahorrarle los detalles.

-He encontrado a tu madre -dijo.

La Niña del Mar le miró con los ojos muy abiertos.

-No te creo -dijo.

Martin le contó lo del mensaje de los delfines, y lo de la mancha de petróleo. Enseguida, la Niña del Mar se levantó rápidamente y se puso en marcha hacia el arrecife. Martin y el pequeño delfín la siguieron.

La Niña del Mar hacía piruetas en el agua, de puro contento, agitando la cola con alegría.

Pronto llegaron de nuevo al arrecife, y la Niña del Mar corrió a abrazar a su madre. Martin lo observaba todo, un poco

apartado. Se sentía feliz por ellas, pero un poco triste, porque echaba de menos a sus padres.

La Sirena negra se dio cuenta.

-Creo que tu amigo quiere volver a casa -le dijo a la Niña del Mar.

Pero ella no quería marcharse ahora.

-¿Y si vuelvo y no estás? -dijo, angustiada-. No quiero volver a quedarme sola.

-Tú le has traído, y tú tienes que llevarle de vuelta. Él también echa de menos a sus padres.

-¿Por qué no vienes tú también?

La Sirena Negra miró a los pobres delfines.

-No puedo dejarlos así.

-¡Yo te ayudaré! -dijo entonces Martin.

El y la Niña del Mar echaron una mano a la Sirena negra, y consiguieron que los delfines estuvieran pronto limpios de petróleo.

-¿Se pondrán bien? -preguntó Martin, preocupado.

-Esta vez sí -dijo la Sirena Negra-. Pero no sé la próxima.

Se despidieron de los delfines y del fiel pez-payaso, y los tres, acompañados del pequeño delfín que había ayudado a Martin a buscar a la Niña del Mar, partieron de nuevo hacia las costas de España.

El viaje de vuelta fue inolvidable. Martin aprendió muchísimas cosas con la Sirena Negra, conoció a una ballena dormilona y a un tiburón con dolor de colmillos, jugó con las focas y nadó entre peces de mil especies diferentes.

Cuando divisaron las costas de España, a Martin le dio pena despedirse de las sirenas. Le dio las gracias a la Sirena Negra por haberle enseñado tantas cosas, y luego le preguntó a la Niña del Mar:

-¿Volveremos a vernos?

-En el solsticio de verano podrás verme, si te asomas al Mirador de las Sirenas.

-¡Vale! -respondió Martin-. ¿Sabes una cosa?

-¿Qué?

-¡Eres guay!

La Niña del Mar sonrió.

-Ya lo sabía -dijo.

No muy lejos de la playa, las sirenas dieron media vuelta y se alejaron por el mar, rumbo a Irlanda.

-Espero que lleguen antes del equinoccio de otoño -dijo Martin, algo preocupado.

-No te preocupes -dijo el pequeño delfín-. Son muy rápidas.

Martin estaba muy cansado. Se enganchó a la aleta dorsal del delfín y dejó que éste le llevara hasta la playa, al lugar donde había caído al agua la noche de la tormenta.

Cuando llegaron, era de noche, y Martin se había dormido.

El pequeño delfín no lo despertó. Sabía que Martin había corrido muchas aventuras y vivido muchas emociones en los últimos días: necesitaba descansar.

Así que lo dejó tendido sobre la playa, boca abajo, dormido.

Y dio media vuelta y volvió a internarse en el inmenso mar azul.

Epílogo

Los guardacostas encontraron a Martin al día siguiente dormido sobre la arena, y lo llevaron al hospital, aunque él se encontraba perfectamente. No había duda: aquel era el chico

desaparecido, tan rubio, con el impermeable rojo y sin saber una palabra de español. Parecía que había caído al mar, pero, ¿cómo había salido tan bien parado, si hacía una semana que nadie sabía nada de él?

Los Noppen corrieron al hospital en cuanto les avisaron los guardacostas, y Martin pensó que poder abrazarlos otra vez estaba siendo lo mejor de su aventura. Todos lloraron mucho, pero Martin no se atrevió a contarles su viaje submarino.

-Parece que le gustas al mar, hijo -dijo el señor Noppen-. Te ha devuelto sano y salvo ya dos veces.

-Ya sé qué quiero ser de mayor -dijo entonces Martin-: estudiaré el mar y lo cuidaré, como vosotros.

Su madre lloraba y reía al mismo tiempo, pero al oírlo recobró la compostura, y dijo:

-Me parece muy bien, cielo. Pero eso, cuando seas mayor. De momento, mañana volveremos a casa y no te traeremos más de vacaciones a la playa. ¡Ya está bien de sustos!

-¡No! -dijo Martin, alarmado-. ¡Yo quiero volver el año que viene!

La señora Noppen miró a su hijo, extrañada.

-Pero, cielo, yo creía que aquí te aburrías mucho...

-¡Pues ya no me aburro! Volvamos el año que viene, por favor. Prometo no volver a caerme al mar.

Pero la señora Noppen no lo tenía nada claro.

-Mamá está asustada -le dijo el señor Noppen a Martin en voz baja-. Ya se le pasará. Pero, sí, tenemos que volver el año que viene, ¿eh? Creo que la vista es muy bonita desde el Mirador de las Sirenas en solsticio de verano.

Y le guiñó un ojo.